



JUS

WWW.JUS.COM.MX

Transfiguraciones
un misterio venerable

Gabriel Trujillo Muñoz

Índice

Portada

Créditos

Transfiguraciones

Colofón

Sobre el autor

Transfiguraciones

Un misterio venerable

Gabriel Trujillo Muñoz

 **JUS**

Créditos

Transfiguraciones. Un misterio venerable / Gabriel Trujillo

Muñoz

Primera edición electrónica: 2015

D.R. ©2009, Editorial Jus en colaboración con Jus, Libreros y Editores,
S. A. de C. V.

Donceles 66, Centro Histórico

C.P. 06010, México, D.F

Comentarios y sugerencias:

Tel: (55) 1203-3780 / (55) 1203-3819

www.jus.com.mx / www.jus.com.mx/revista

ISBN: 978-607-9409-40-1, Jus, Libreros y Editores, S. A. de C.V.

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la copia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores

DISEÑO DE PORTADA: Anabella Mikulan / Victoria Aguiar

PUMPKIN STUDIO holapumpkin@gmail.com

FORMACIÓN: Anabella Mikulan

CUIDADO EDITORIAL: **Editorial Jus en colaboración con Jus,
Libreros y Editores, S. A. de C. V.**

“Encontré el conocimiento,
siempre misterioso, de que la vida
es un pretexto para escribirla”.

Alejandro Rossi

“Vivir es duplicar”.

Baltasar Gracián

Oráculo manual y arte de prudencia

1

Todo empezó cuando el padre Mauricio Gonzaga se convirtió en confesor del convento de Santa María de la Piedad, en las afueras de Madrid. El padre Gonzaga era, además de un lector incansable de textos místicos, un apasionado de la gesta misional encomendada a su orden en la Nueva España, y en especial de las misiones del septentrión novohispano.

La hermana Consuelo, por su parte, era una monja que no había vivido un solo día de su vida fuera de la congregación de las carmelitas descalzas. Nacida de una madre que murió al dar a luz y adoptada por todas las monjas como la hija sustituta que nunca tuvieron, sor Consuelo de la Trinidad era mayor de veintiún años cuando recibió el cuerpo de Cristo de manos del también joven padre Mauricio Gonzaga, que entonces —y estamos hablando de 1737— apenas cumplía los veintiocho años de edad.

Ésa fue la combinación que provocó el milagro místico del que hasta hoy se habla a sotto voce, entre especulaciones inútiles y claros signos de bendición divina.

Estos mismos signos se presentaban entonces en las tierras desérticas de las provincias de Sonora y ambas Californias, donde nuestra orden luchaba contra la idolatría y la barbarie con las armas de la fe y el escudo de la virtud.

Fernando de Esteva, s.j.

Historia ejemplar de los dones del cielo

Bolonia, Italia, 1787

2

La celda de la hermana Consuelo estaba al final de un largo y oscuro pasillo.

Si alguien iba a visitarla, ella tenía la ventaja de escuchar los pasos con antelación y prepararse para cualquier sorpresa. La sorpresa, sin embargo, era que alguien la visitara.

Los pasos terminaban, por lo general, demasiado pronto, frente a las celdas de otras monjas.

Ella era, en aquel convento, la hermana menor. Apenas un año antes había tomado los hábitos y se había consagrado plenamente a servir al Señor.

Esta vez, los pasos no se detuvieron a medio pasillo.

La hermana Consuelo revisó sus pobres vestiduras y esperó al borde del camastro, con la mirada fija en la pared desnuda y la puerta abierta de par en par.

Los pasos se detuvieron en la celda contigua.

La hermana Consuelo cerró los ojos: demasiadas esperanzas puestas en aquella aparición de la que tanto se comentaba en susurros.

El nuevo confesor era un sacerdote joven y apuesto, había dicho que iría a visitar a cada una a su celda en el transcurso de la semana.

Y ya era viernes.

Los pasos se reanudaron.

El rostro ajado del padre Miguel Severo, quien la miraba con una atención casi amorosa, la hizo ponerse de pie, asustada.

—Vine a despedirme de ti, hija mía —dijo, a manera de saludo.

La hermana Consuelo se arrodilló frente a él y le besó la mano.

—Es un honor que se acuerde de mí, su pobre sierva.

El viejo sacerdote le acarició los cabellos con sus manos deformes.

—Voy a trabajar con los herejes a Baviera. Me hará bien andar echando pullas en vez de oír confesiones de santas, como tú.

—Lo extrañaremos.

El viejo rio con una risa seca y obligó a la monja a sentarse en el camastro.

—Lo dudo. Nunca les gustaron mis penitencias.

—Yo siempre las cumplía. Eran duras, es cierto, pero justas.

El sacerdote levantó la barbilla de sor Consuelo.

—Pero ahora tendrán quien las trate de otra manera.

La monja no dijo nada. Toda pizca de información era buena.

El sacerdote se sentó en el camastro, que rechinó ante el peso excesivo.

—Mi sustituto, el padre Gonzaga, es joven y entusiasta. Te caerá bien cuando lo conozcas. Y dudo que sus penitencias lleguen a ser la mitad de duras que las mías.

Sor Consuelo necesitaba datos menos vagos e imprecisos.

—Será entusiasta, padre mío, pero sus conocimientos no se compararán con los de usted.

El viejo refunfuñó.

—No, para nada. Ha estudiado en Roma y en París. Es docto y enterado de lo antiguo y lo nuevo.

—Entonces, habrá que precaverse.

—Enterado —lo defendió el confesor—. No contaminado. Es un hombre de bien. Sin defectos visibles.

—¿Y los invisibles?

El sacerdote sostuvo la mirada de la joven en la semioscuridad de la celda.

—Vine a confesarte por última vez, no a desperdigar habladurías.

Sor Consuelo bajó la mirada y se ruborizó.

—Yo sólo...

—Tú sólo querías saber mejor con qué tipo de confesor vas a enfrentarte ahora, ¿no es cierto?

—Es cierto, padre.

—Es joven e impetuoso. Como todos los jóvenes. Y lleno de sueños de gloria.

—Será de gracia —lo interrumpió la monja.

—No, hermana. De gloria. Ya lo conocerás bien.

—¿Y su carácter? ¿Y su ánimo?

El sacerdote contempló el rostro de la hermana Consuelo.

Él también tenía defectos visibles e invisibles.

Y debilidades, como todo descendiente de Adán.

—Es un hombre como todos. Sabrá escucharte y valorar tus penas y pecados. Tal vez no sea tan iracundo como yo he sido, pero...

—Usted nunca ha sido iracundo, padre.

Miguel Severo acarició las mejillas de la monja y le dio un beso en la frente.

—Tú me conoces muy bien.

—Ha sido mi único confesor. Por eso temo la novedad.

—No le temas a lo nuevo. Teme sólo a tus propios demonios. Por esto estoy aquí, para escuchar tus faltas.

La hermana Consuelo se arrodilló a sus pies y juntos comenzaron a rezar el rosario.

Media hora después, el padre Severo salió de su celda.

Sor Consuelo, todavía agitada por contar los sueños que soñaba y que había confesado con todo detalle, se puso a rezar los veinte padrenuestros de penitencia.

Pero en su mente no aparecía la severidad que buscaba.

Sólo un cuerpo joven y desnudo.

Un sacerdote que acariciaba sus labios y le susurraba al oído palabras incomprensibles, frases absurdas.

3

Sobre una de las rocas más altas de la sierra, el vigilante aguardaba de pie, por tercer día consecutivo, a que el enemigo se presentara. Aquel hombre flaco, que tan sólo contaba con un taparrabo como prenda y un bastón como protección, sabía que su vigilia era sagrada.

El vigilante, a quien su gente llamaba Araval, “el que ve más allá de las cosas”, no era un yumano ordinario. El chamán de la tribu lo había tomado, años atrás, como su principal discípulo al ver que recolectaba las plantas que se dignaban crecer en las sierras o las que brotaban cuando la lluvia solía visitar el desierto, para después hacer con ellas emplastos y cocimientos curativos.

—Buena cosa lo que haces, pero plana —le dijo el chamán un día.

—¿Plana? ¿Plana como piedra?

El chamán asintió.

—Cada cosa que eres tiene muchos lados.

Araval seguía sin comprender.

El chamán agarró un poco de agua de un cazo y la bebió lentamente, saboreándola.

—El agua ya no es agua ahora.

Araval quiso decir que no era así, pero prefirió guardar silencio y atender al anciano.

—¿Qué es, entonces?

—Mi carne. Mi sangre.

El chamán escupió sobre Araval.

—Mi saliva.

—Veo.

—Las cosas se transforman. Nada es siempre la misma cosa.

—Existe lo vivo y lo muerto —quiso añadir Araval, pero el chamán lo golpeó con un palo en el hombro.

—Escucha. Luego hablas.

El chamán se incorporó y con el mismo palo trazó líneas en la arena.

—Esto —dijo con voz solemne y después de cerciorarse de que nadie más los escuchaba— es aquí pueblo nuestro. Ojo de agua.

Araval vio las líneas primero y luego al chamán.

Algo se le escapaba y no sabía qué. El chamán levantó el palo y señaló el cielo.

—Tus ojos están allí arriba, en el cielo. Mira que observan hacia abajo.

Entonces la conexión se hizo en su mente.

—Sí. Aquí estamos.

El chamán se arrodilló frente a las líneas que había trazado y obligó a Araval a hacer lo mismo. Le habló al oído pausadamente. Su voz era un ensalmo.

—Soy centro del mundo.

Soy tierra de dioses.

Soy agua que fluye.

Soy luz que te habla.

Y señaló con un dedo cada una de las zonas del universo que había trazado.

—Norte: grandes vientos. Muerte, mucha. Sur: mucha gente. Sol sin sombra. Este: agua, mucha. Grandes monstruos. Oeste: mucha arena. Voces peligrosas.

Araval intentaba memorizar todo lo que el chamán le decía, hora tras hora, mientras el sol se ocultaba, llegaba la noche y el sol volvía a nacer y alcanzaba su mayor altura. Entonces, el chamán se detuvo. Araval tardó un momento en darse cuenta de que la ceremonia de transmisión del conocimiento había concluido. Luego tomó el palo de la mano cansada del chamán y con el cuchillo que portaba le dio muerte.

Bebió la sangre que escurría por su cuchillo y se la untó en la cara y en el torso. El chamán se quejó, moribundo, hecho un ovillo.

—¿Quién... quién eres? —preguntó, con su último aliento de vida. Los ojos vidriosos. La respiración entrecortada.

—Tu carne. Tu sangre. Tu saliva.

Araval lo escupió en la cara.

El chamán sonrió. Ése fue el gesto con que entró a la muerte.

Pero ahora, Araval era quien debía enfrentar una prueba semejante. Como chamán de su clan, era responsable por todo su pueblo. Él tendría que sacrificarse para que los demás vivieran. Así eran las leyes del universo. Las que los dioses antiguos dictaron cuando crearon el mundo.

Y él se mantenía erguido, sobre la alta roca, aguardando su turno.

4

Era la hora del Angelus.

En la capilla del convento, las monjas cantaban la gloria de Dios y sus voces eran un coro de alabanzas.

La madre Carmen del Rosario dirigía el coro, que era su orgullo y su pasión, con mano firme. Lo mismo hacía con todas las actividades relacionadas con su convento. El suyo, porque ella era la madre superiora, los pies, el tronco y la cabeza de aquella congregación de mujeres enclaustradas para servir al Dios verdadero, al Dios que todo lo sabía y todo lo creaba.

La madre Carmen conocía a su gente.

Mientras las voces angelicales se elevaban rumbo al cielo, no se dejaba engañar por su belleza.

Esa pasión por el canto bien podía desviarse en cualquier momento, y ese momento podía estar más cerca de lo deseado.

Apenas unas semanas antes le había sido presentado el nuevo padre confesor.

Un muchacho apenas. Un jovencito muy vivaz y agradable.

La madre Carmen intentó reprimir una sonrisa sin conseguirlo.

El padre Mauricio Gonzaga era una preciosidad.

Un dulce tierno.

Y en eso radicaba el peligro, la tentación.

Sus monjas, de todas las edades y talantes, llevaban demasiado tiempo acostumbradas al viejo cascarrabias del padre Miguel. Un hombre seco, malhumorado y severo.

Ahora, nuevos aires iban a entrar a la congregación con la llegada de un sacerdote joven y bien dispuesto.

La madre Carmen pensó en su convento y se estremeció. No quería pensar lo peor.

Pero lo peor es lo que siempre acababa por suceder.

Que un convento se volviera un gallinero con su zorro adentro no era ninguna novedad.

Que eso pudiera pasar en el suyo no era inadmisibile. Ya había pasado antes, cuando ella era una joven novicia dispuesta a entregar su fe al amor absoluto.

El coro aumentó el volumen de voces mancomunadas.

Llegaba el gran final.

“O será el gran principio”, pensó la madre superiora, recordando los ojos azules, penetrantes y llenos de vigor del padre Mauricio.

“Que Dios diga lo que es justo.”

Y ella misma se unió al coro.

Como si fuera una muchacha en la flor de la vida.

5

Recordaba la niebla que nunca se marchaba de su lado y los muros de piedra oscura donde las gotas de lluvia golpeaban como disparos.

Y las estatuas ecuestres de grandes caballeros andantes, de reyes magníficos que habían ganado batallas contra los infieles en tiempos no demasiado remotos.

Recordaba las calzadas, los carruajes y el bullicio de la gente.

Y la muchacha a quien amó en una colina cubierta de hierba y flores azules y escarlatas.

Esas imágenes lo mantenían con vida en aquellas soledades, en aquel desierto interminable.

El padre Salvador Matías Tirsch, sacerdote jesuita de la Alta Primería, en pleno desierto de Sonora, era el encargado de establecer una nueva misión en tierras bárbaras.

Ya tenía nombre para la misión: Nuestra Señora de los Dolores del Norte.